

Sagrada Familia - Jesús, María y José B



***Nuestro Dios apareció en el mundo
y vivió entre los hombres. (Ba 3,38)***

Primera lectura

Eclesiástico 3,3-7.14-17a

Dios hace al padre más respetable que a los hijos y afirma la autoridad de la madre sobre la prole. El que honra a su padre expía sus pecados, el que respeta a su madre acumula tesoros; el que honra a su padre se alegrará de sus hijos, y cuando rece, será escuchado; el que respeta a su padre tendrá larga vida; al que honra a su madre, el Señor le escucha. Hijo mío, sé constante en honrar a tu padre, no lo abandones mientras viva; aunque flaquee su mente, ten indulgencia, no lo abochornes mientras seas fuerte. La piedad para con tu padre no se olvidará, será tenida en cuenta para pagar tus pecados; el día del peligro se te recordará y se desharán tus pecados como la escarcha bajo el calor.

Segunda lectura

Colosenses 3,12-21

Hermanos y hermanas: Como pueblo elegido de Dios, pueblo sacro y amado, sea vuestro uniforme: la misericordia entrañable, la bondad, la humildad, la dulzura, la comprensión. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo. Y por encima de todo esto, el amor, que es el ceñidor de la unidad consumada. Que la paz de Cristo actúe de árbitro en vuestro corazón: a ella habéis sido convocados en un solo cuerpo. Y sed agradecidos: la palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza; enseñaos unos a otros con toda sabiduría; exhortaos mutuamente.

Cantad a Dios, dadle gracias de corazón, con salmos, himnos y cánticos inspirados. Y todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre de Jesús, ofreciendo la acción de gracias a Dios Padre por medio de él.

Mujeres, vivid bajo la autoridad de vuestros maridos, como conviene en el Señor. Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas. Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, que eso le gusta al Señor. Padres, no exasperéis a vuestros hijos, no sea que pierdan los ánimos.

Cuando llegó el tiempo de la purificación de María, según la ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén, para presentarlo al Señor.

Y cuando cumplieron todo lo que prescribía la Ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios lo acompañaba.

Meditación

Como todo hombre, Jesús también ha vivido en el seno de su familia. Ello nos da pie para iluminar, con sus actitudes, los caminos de la familia cristiana. Jesús, como hijo, es para su familia respetuoso y libre. Sus padres, ante el misterio de la nueva generación, procuran educarlo, y, cuando no entienden, tratan de comprenderlo, guardándolo en su corazón. No podemos extrañarnos de que existan en nuestras familias conflictos generacionales y dificultades para entenderse. Tampoco José y María "comprenden las palabras" que les dice su Hijo. Y, sin embargo, María acepta silenciosamente la dificultad y el Hijo se mantiene sumiso.

La Palabra de Dios insistirá en los deberes más que en los derechos de cada miembro de la familia (primera lectura). Pablo se los recuerda a padres e hijos bajo el signo común del amor cristiano (segunda lectura).

La comunidad cristiana es también como una familia. Bajo la mirada del mismo Padre, todos somos hermanos y hermanas. La fraternidad es el misterio y el estilo de la comunidad, como sacramento del designio de Dios sobre todos los hombres.

Nazaret es la escuela en la que comienza a comprenderse la vida de Jesús: la escuela del Evangelio.

He aquí algunas breves lecciones de Nazaret:

En primer lugar, una lección de silencio. Que renazca en nosotros la estima del silencio, esa admirable e indispensable condición del espíritu; en nosotros que nos vemos asaltados por tantos clamores, estrépitos y gritos en medio de nuestra vida moderna, tan ruidosa e hipersensibilizada.

Una lección de vida familiar. Que Nazaret nos enseñe lo que es la familia, su comunión de amor, su austera y sencilla belleza, su carácter sagrado e inviolable.

Una lección de trabajo. Nazaret, la casa del "hijo del carpintero": es aquí donde quisiéramos comprender y celebrar la ley severa y redentora, del trabajo humano; restablecer la conciencia de su nobleza; recordar que el trabajo no puede ser nunca un fin en sí mismo, pero que su libertad y su nobleza le vienen, más que de su valor económico, de los valores que son su fin.

(Alocución de Pablo VI en Nazaret, el día 5 de enero de 1964.)

Sagrada Familia - Jesús, María y José B



***Nuestro Dios apareció en el mundo
y vivió entre los hombres. (Ba 3,38)***

Primera lectura

Eclesiástico 3,3-7.14-17a

Dios hace al padre más respetable que a los hijos y afirma la autoridad de la madre sobre la prole. El que honra a su padre expía sus pecados, el que respeta a su madre acumula tesoros; el que honra a su padre se alegrará de sus hijos, y cuando rece, será escuchado; el que respeta a su padre tendrá larga vida; al que honra a su madre, el Señor le escucha. Hijo mío, sé constante en honrar a tu padre, no lo abandones mientras viva; aunque flaquee su mente, ten indulgencia, no lo abochornes mientras seas fuerte. La piedad para con tu padre no se olvidará, será tenida en cuenta para pagar tus pecados; el día del peligro se te recordará y se desharán tus pecados como la escarcha bajo el calor.

Segunda lectura

Colosenses 3,12-21

Hermanos y hermanas: Como pueblo elegido de Dios, pueblo sacro y amado, sea vuestro uniforme: la misericordia entrañable, la bondad, la humildad, la dulzura, la comprensión. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo. Y por encima de todo esto, el amor, que es el ceñidor de la unidad consumada. Que la paz de Cristo actúe de árbitro en vuestro corazón: a ella habéis sido convocados en un solo cuerpo.

Y sed agradecidos: la palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza; enseñaos unos a otros con toda sabiduría; exhortaos mutuamente.

Cantad a Dios, dadle gracias de corazón, con salmos, himnos y cánticos inspirados. Y todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre de Jesús, ofreciendo la acción de gracias a Dios Padre por medio de él.

Mujeres, vivid bajo la autoridad de vuestros maridos, como conviene en el Señor. Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas. Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, que eso le gusta al Señor. Padres, no exasperéis a vuestros hijos, no sea que pierdan los ánimos.

Evangelio

Lucas 2,22-40

Cuando llegó el tiempo de la purificación de María, según la ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén, para presentarlo al Señor (de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: "Todo primogénito varón será consagrado al Señor") y para entregar la oblación (como dice la ley del Señor. "Un par de tórtolas o dos pichones").

Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre honrado y piadoso, que aguardaba el Consuelo de Israel; y el Espíritu Santo moraba en él. Había recibido un oráculo del Espíritu Santo: que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu Santo, fue al templo.

Cuando entraban con el niño Jesús sus padres (para cumplir con él lo previsto por la ley), Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo:

"Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz; porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones, y gloria de tu pueblo, Israel".

José y María, la madre de Jesús, estaban admirados por lo que se decía del niño.

Simeón los bendijo diciendo a María, su madre: – Mira: Este está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será como una bandera discutida; así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma.

Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era una mujer muy anciana: de jovencita había vivido siete años casada, y llevaba ochenta y cuatro de viuda; no se apartaba del templo día y noche, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones. Acercándose en aquel momento, daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Israel].

Y cuando cumplieron todo lo que prescribía la Ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios lo acompañaba.

Meditación

Como todo hombre, Jesús también ha vivido en el seno de su familia. Ello nos da pie para iluminar, con sus actitudes, los caminos de la familia cristiana. Jesús, como hijo, es para su familia respetuoso y libre. Sus padres, ante el misterio de la nueva generación, procuran educarlo, y, cuando no entienden, tratan de comprenderlo, guardándolo en su corazón.

No podemos extrañarnos de que existan en nuestras familias conflictos generacionales y dificultades para entenderse. Tampoco José y María "comprenden las palabras" que les dice su Hijo. Y, sin embargo, María acepta silenciosamente la dificultad y el Hijo se mantiene sumiso.

La Palabra de Dios insistirá en los deberes más que en los derechos de cada miembro de la familia (primera lectura). Pablo se los recuerda a padres e hijos bajo el signo común del amor cristiano (segunda lectura).

La comunidad cristiana es también como una familia. Bajo la mirada del mismo Padre, todos somos hermanos y hermanas. La fraternidad es el misterio y el estilo de la comunidad, como sacramento del designio de Dios sobre todos los hombres.

Nazaret es la escuela en la que comienza a comprenderse la vida de Jesús: la escuela del Evangelio.

He aquí algunas breves lecciones de Nazaret:

En primer lugar, una lección de silencio. Que renazca en nosotros la estima del silencio, esa admirable e indispensable condición del espíritu; en nosotros que nos vemos asaltados por tantos clamores, estrépitos y gritos en medio de nuestra vida moderna, tan ruidosa e hipersensibilizada.

Una lección de vida familiar. Que Nazaret nos enseñe lo que es la familia, su comunión de amor, su austera y sencilla belleza, su carácter sagrado e inviolable.

Una lección de trabajo. Nazaret, la casa del "hijo del carpintero": es aquí donde quisiéramos comprender y celebrar la ley severa y redentora, del trabajo humano; restablecer la conciencia de su nobleza; recordar que el trabajo no puede ser nunca un fin en sí mismo, pero que su libertad y su nobleza le vienen, más que de su valor económico, de los valores que son su fin. (Alocución de Pablo VI en Nazaret, el día 5 de enero de 1964.)

Sagrada Familia - Jesús, María y José B



***Nuestro Dios apareció en el mundo
y vivió entre los hombres. (Ba 3,38)***

Primera lectura

Génesis 15,1-6; 21,1-3

En aquellos días, Abrán recibió en una visión la palabra del Señor: – No temas, Abrán, yo soy tu escudo, y tu paga será abundante.

Abrán contestó: – Señor, ¿de qué me sirven tus dones, si soy estéril, y Eliezer de Damasco será el amo de mi casa? Y añadió: – No me has dado hijos, y un criado de casa me heredará.

La palabra del Señor le respondió: – No te heredará ése, sino uno salido de tus entrañas.

Y el Señor lo sacó afuera y le dijo: – Mira al cielo; cuenta las estrellas, si puedes. Y añadió: – Así será tu descendencia.

Abrán creyó al Señor, y se le contó en su haber.

El Señor se fijó en Sara, como lo había dicho; el Señor cumplió a Sara lo que le había prometido. Ella concibió y dio a luz un hijo a Abrán, ya viejo, en el tiempo que había dicho. Abrán llamó al hijo que le había nacido, que le había dado Sara, Isaac.

Segunda lectura

Hebreos 11,8.11-12.17-19

Hermanos y hermanas: Por fe, obedeció Abrahán a la llamada y salió hacia la tierra que iba a recibir en heredad. Salió sin saber adónde iba.

Por fe, también Sara, cuando ya le había pasado la edad, obtuvo fuerza para fundar un linaje, porque se fió de la promesa. Y así, de una persona, y ésa estéril, nacieron hijos numerosos como las estrellas del cielo y como la arena incontable de las playas.

Por fe, Abrahán, puesto a prueba, ofreció a Isaac; y era su hijo único lo que ofrecía, el destinatario de la promesa, del cual le había dicho Dios: "Isaac continuará tu descendencia." Pero Abrahán pensó que Dios tiene poder hasta para resucitar muertos. Y así recobró a Isaac como figura del futuro.

Cuando llegó el tiempo de la purificación de María, según la ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén, para presentarlo al Señor.

Y cuando cumplieron todo lo que prescribía la Ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios lo acompañaba.

Meditación

Como todo hombre, Jesús también ha vivido en el seno de su familia. Ello nos da pie para iluminar, con sus actitudes, los caminos de la familia cristiana. Jesús, como hijo, es para su familia respetuoso y libre. Sus padres, ante el misterio de la nueva generación, procuran educarlo, y, cuando no entienden, tratan de comprenderlo, guardándolo en su corazón. No podemos extrañarnos de que existan en nuestras familias conflictos generacionales y dificultades para entenderse. Tampoco José y María "comprenden las palabras" que les dice su Hijo. Y, sin embargo, María acepta silenciosamente la dificultad y el Hijo se mantiene sumiso.

La Palabra de Dios insistirá en los deberes más que en los derechos de cada miembro de la familia (primera lectura). Pablo se los recuerda a padres e hijos bajo el signo común del amor cristiano (segunda lectura).

La comunidad cristiana es también como una familia. Bajo la mirada del mismo Padre, todos somos hermanos y hermanas. La fraternidad es el misterio y el estilo de la comunidad, como sacramento del designio de Dios sobre todos los hombres.

Nazaret es la escuela en la que comienza a comprenderse la vida de Jesús: la escuela del Evangelio.

He aquí algunas breves lecciones de Nazaret:

En primer lugar, una lección de silencio. Que renazca en nosotros la estima del silencio, esa admirable e indispensable condición del espíritu; en nosotros que nos vemos asaltados por tantos clamores, estrépitos y gritos en medio de nuestra vida moderna, tan ruidosa e hipersensibilizada.

Una lección de vida familiar. Que Nazaret nos enseñe lo que es la familia, su comunión de amor, su austera y sencilla belleza, su carácter sagrado e inviolable.

Una lección de trabajo. Nazaret, la casa del "hijo del carpintero": es aquí donde quisiéramos comprender y celebrar la ley severa y redentora, del trabajo humano; restablecer la conciencia de su nobleza; recordar que el trabajo no puede ser nunca un fin en sí mismo, pero que su libertad y su nobleza le vienen, más que de su valor económico, de los valores que son su fin.

(Alocución de Pablo VI en Nazaret, el día 5 de enero de 1964.)

Sagrada Familia - Jesús, María y José B



***Nuestro Dios apareció en el mundo
y vivió entre los hombres. (Ba 3,38)***

Primera lectura

Génesis 15,1-6; 21,1-3

En aquellos días, Abrán recibió en una visión la palabra del Señor: – No temas, Abrán, yo soy tu escudo, y tu paga será abundante.

Abrán contestó: – Señor, ¿de qué me sirven tus dones, si soy estéril, y Eliezer de Damasco será el amo de mi casa? Y añadió: – No me has dado hijos, y un criado de casa me heredará.

La palabra del Señor le respondió: – No te heredará ése, sino uno salido de tus entrañas.

Y el Señor lo sacó afuera y le dijo: – Mira al cielo; cuenta las estrellas, si puedes. Y añadió: – Así será tu descendencia.

Abrán creyó al Señor, y se le contó en su haber.

El Señor se fijó en Sara, como lo había dicho; el Señor cumplió a Sara lo que le había prometido. Ella concibió y dio a luz un hijo a Abrán, ya viejo, en el tiempo que había dicho. Abrán llamó al hijo que le había nacido, que le había dado Sara, Isaac.

Segunda lectura

Hebreos 11,8.11-12.17-19

Hermanos y hermanas: Por fe, obedeció Abrahán a la llamada y salió hacia la tierra que iba a recibir en heredad. Salió sin saber adónde iba.

Por fe, también Sara, cuando ya le había pasado la edad, obtuvo fuerza para fundar un linaje, porque se fió de la promesa. Y así, de una persona, y ésa estéril, nacieron hijos numerosos como las estrellas del cielo y como la arena incontable de las playas.

Por fe, Abrahán, puesto a prueba, ofreció a Isaac; y era su hijo único lo que ofrecía, el destinatario de la promesa, del cual le había dicho Dios: "Isaac continuará tu descendencia." Pero Abrahán pensó que Dios tiene poder hasta para resucitar muertos. Y así recobró a Isaac como figura del futuro.

Evangelio

Lucas 2,22-40

Cuando llegó el tiempo de la purificación de María, según la ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén, para presentarlo al Señor (de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: "Todo primogénito varón será consagrado al Señor") y para entregar la oblación (como dice la ley del Señor. "Un par de tórtolas o dos pichones").

Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre honrado y piadoso, que aguardaba el Consuelo de Israel; y el Espíritu Santo moraba en él. Había recibido un oráculo del Espíritu Santo:

que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu Santo, fue al templo.

Cuando entraban con el niño Jesús sus padres (para cumplir con él lo previsto por la ley), Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo:

"Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz; porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones, y gloria de tu pueblo, Israel".

José y María, la madre de Jesús, estaban admirados por lo que se decía del niño.

Simeón los bendijo diciendo a María, su madre: – Mira: Este está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será como una bandera discutida; así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma.

Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era una mujer muy anciana: de jovencita había vivido siete años casada, y llevaba ochenta y cuatro de viuda; no se apartaba del templo día y noche, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones. Acercándose en aquel momento, daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Israel].

Y cuando cumplieron todo lo que prescribía la Ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios lo acompañaba.

Meditación

Como todo hombre, Jesús también ha vivido en el seno de su familia. Ello nos da pie para iluminar, con sus actitudes, los caminos de la familia cristiana. Jesús, como hijo, es para su familia respetuoso y libre. Sus padres, ante el misterio de la nueva generación, procuran educarlo, y, cuando no entienden, tratan de comprenderlo, guardándolo en su corazón.

No podemos extrañarnos de que existan en nuestras familias conflictos generacionales y dificultades para entenderse. Tampoco José y María "comprenden las palabras" que les dice su Hijo. Y, sin embargo, María acepta silenciosamente la dificultad y el Hijo se mantiene sumiso.

La Palabra de Dios insistirá en los deberes más que en los derechos de cada miembro de la familia (primera lectura). Pablo se los recuerda a padres e hijos bajo el signo común del amor cristiano (segunda lectura).

La comunidad cristiana es también como una familia. Bajo la mirada del mismo Padre, todos somos hermanos y hermanas. La fraternidad es el misterio y el estilo de la comunidad, como sacramento del designio de Dios sobre todos los hombres.

Nazaret es la escuela en la que comienza a comprenderse la vida de Jesús: la escuela del Evangelio.

He aquí algunas breves lecciones de Nazaret:

En primer lugar, una lección de silencio. Que renazca en nosotros la estima del silencio, esa admirable e indispensable condición del espíritu; en nosotros que nos vemos asaltados por tantos clamores, estrépitos y gritos en medio de nuestra vida moderna, tan ruidosa e hipersensibilizada.

Una lección de vida familiar. Que Nazaret nos enseñe lo que es la familia, su comunión de amor, su austera y sencilla belleza, su carácter sagrado e inviolable.

Una lección de trabajo. Nazaret, la casa del "hijo del carpintero": es aquí donde quisiéramos comprender y celebrar la ley severa y redentora, del trabajo humano; restablecer la conciencia de su nobleza; recordar que el trabajo no puede ser nunca un fin en sí mismo, pero que su libertad y su nobleza le vienen, más que de su valor económico, de los valores que son su fin. (Alocución de Pablo VI en Nazaret, el día 5 de enero de 1964.)